



## REVIEWS

JÁUREGUI, CARLOS A. *Canibalia: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, 2008. 724 pp.

El libro de Carlos A. Jáuregui, que fuera Premio Casa de las Américas 2005, reescribe la historia de las ideas sobre América y el Nuevo Mundo, y hasta sobre África y la colonialidad ampliamente definida, y lo hace desde una perspectiva crítica que es todo un despliegue de destrezas, navegando la vasta geografía de lo que él llama la *Canibalia*. Como la historia de las ideas y del pensamiento mismo del mundo que describe, este ambicioso trabajo se niega a aceptar los límites y las condiciones prescritas de lo académico, lo disciplinario y lo ideal en la cartografía de la Otridad que tanto ha marcado el pensamiento occidental. Es también, como habría de esperarse, una suerte de tratado sobre el canibalismo en la cultura que, lejos de extinguirse en la retórica hueca, incita al juego político y a imaginar nuevas utopías contestatarias en la mejor tradición del pensamiento caribeño y latinoamericano.

El estudio tropológico de Jáuregui se centra en las relaciones intrincadas, fluidas y palimpsésticas que en el campo semántico e iconográfico guardan el canibalismo, el calibanismo y la antropofagia cultural. La extensión del trabajo acusa el impresionante mundo de referencias que este conjura, que van desde el tratado renacentista *Relox de principes*, de Antonio de Guevara, hasta las más recientes discusiones sobre el robo y tráfico de órganos humanos; del indio tupí aliado de los

franceses en su fallida conquista de las tierras australes en el siglo XVI al discurso modernista de la *Antropofagia* brasileña a comienzos del siglo XX; de Bartolomé de las Casas y Michel de Montaigne a George Lamming y Roberto Fernández Retamar; del primer viaje de Cristóbal Colón al mundo globalizado. El texto no propone tanto una periodización como una crítica de lo que José Lezama Lima llamó las “eras imaginarias”. Jáuregui encuentra así importantes conexiones y refiguraciones de los tropos en cuestión, que entrelazan el imaginario del descubrimiento, la conquista y la colonización con los discursos identitarios de los nacionalismos criollos, y que ordenan la incestuosa genealogía entre la economía del saber y la colonialidad, apuntando a las relaciones de los conflictos étnicos y las insurgencias de siempre con los proyectos emancipatorios y anticoloniales y con los discursos identitarios y las formas renovadas del colonialismo y de la explotación en una economía de consumo globalizada.

El caníbal aparece como un signo de la anomalía, de la monstruosidad y de la alteridad que sirvió para organizar el discurso colonial, a la vez que fue también tropo cultural productor de las consabidas trampas que generan los discursos identitarios. De particular interés resulta la discusión sobre la feminización del tropo caníbal en la canibalesa y la relectura que hace el autor sobre el caníbal imaginado por Montaigne desde la melancolía. La discusión de *The Tempest* y la figura de Calibán es central y ocupa al menos tres capítulos de la obra. Aquí, entre otras cosas, Jáuregui es particularmente perspicaz al relacionar las utopías letradas latinoamericanas, caracterizadas por su caudal de resentimiento y de terror, con los discursos críticos del Caribe francófono y angloparlante, y en especial con los escritos de C.L.R. James, Lamming y Aimé Césaire. El intento de ubicar el *Calibán* de Fernández Retamar en un contexto histórico, aunque bien informado, es menos convincente, puesto que corre el riesgo de silenciar los trágicos desmanes de la censura y el significado mismo del terror ejercido por la Seguridad del Estado y por los altos funcionarios del “partido único”, entre los cuales Retamar sigue siendo uno de los más nefastos.

Por ahí se entra también en ese horror recurrente, el miedo a ser comido, que el discurso nacionalista hereda de la Colonia y de las pesadillas de los conquistadores ante las implacables e insaciables amazonas. No hay duda de que José Martí es el exponente principal de esta tendencia. Pero queda todavía por explorar más a fondo, no ya lo que elocuentemente enuncia Jáuregui sobre la voz de alerta que da el cubano ante la amenaza que supone el monstruo imperial devorador de mundos, sino las ansiedades y los traumas del propio Martí frente a la mujer y lo femenino, tema este que resulta aún tabú entre los americanistas. Bien explica el autor que la figura del caníbal dio para todo y que fue conjurada en los contextos más diversos, como cuando el obispo del Río de la Plata, a principios del siglo XVII, informaba de la abundancia de tales salvajes en su diócesis. ¿O es que acaso,

al igual que en el caso de Hans Staden entre los tupinambás, hemos de suponer que en este asunto Martí estuvo y lo presencié todo, pero no fue el Otro? Si bien, como indica Jáuregui al referirse a la diferencia que los europeos hacían entre indios aliados y enemigos, y citando a un piloto francés, no todos los antropófagos son caníbales, sí podríamos decir sin temor a equivocarnos que todos los supuestos caníbales han de ser, por definición, antropófagos. Habría que pensar más detenidamente sobre aquello que le hacía perder el apetito a Martí.

De esas suertes que invitan a reconocerse a sí mismos en la alteridad participaron sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora, siempre recelosos de la algarabía popular. En eso fueron precursores del pensamiento liberal y de lo que Jáuregui llama las “pesadillas de la *ciudad letrada*” (221). En eso también se distanciaron de lo que, en un subsiguiente ciclo de decadencia imperial, advierte el autor en una interpretación evocadora de ciertas obras del período de la Quinta del Sordo de Francisco de Goya. Los primeros se distanciaron del caníbal para defender la comunión y su derecho a comulgar con Europa. El segundo reviró el tropo usado contra los americanos por tres siglos para desnudar su mundo.

Las críticas más severas en la obra son también las más merecidas política e intelectualmente hablando. Son las dirigidas contra algunas de las figuras más reconocidas de la filosofía continental, especialmente contra Hegel, quien a decir de Jáuregui debe ahora enfrentarse a su peor pesadilla en la obra y pensamiento de C.L.R. James, “el caníbal que escribe la Historia” (470). Más interesantes y productivas, sin embargo, resultan sus lecturas de Rousseau y, muy especialmente, las de Marx, quien, como es bien sabido, utilizó el tropo caníbal para describir la cadena de consumo del capitalismo. No obstante, la obra alcanza acaso uno de sus momentos más reveladores en la discusión en torno a la modernidad contestataria impulsada por las élites cafetaleras paulistas y los movimientos *Poesía Pau-Brasil* y *Antropofagia*. Jáuregui le da la última palabra a un americano, con su discusión de *El consumo me consume* de Tomás Moulián, relacionando con la *Canibalia* las tres figuras que este identifica como arquetípicas de la sociedad de consumo.

No hay duda de que esta es una obra imprescindible en la lista de lecturas de todo americanista y que puede ser de gran beneficio también para aquel que suele refugiarse tras la empalizada disciplinaria por miedo a ser contaminado o, peor aun, devorado por una historia y una herencia que siguen y seguirán siendo siempre indomables. Valga bien advertir a todo lector, parafraseando el poema de Luis Palés Matos “Canción festiva para ser llorada” (466), que el libro de Carlos A. Jáuregui hará con su seso mermelada.

JOSÉ F. BUSCAGLIA  
University at Buffalo